



EL BOCETO DE LA VIDA

Era uno de esos días donde el fuego abrazador de la inspiración, desgranaba su olvido.

Frente a la hoja en blanco, tomó el lápiz y trazó rayas entre la nada y la melancolía que lo acosaba.

Encendió un cigarrillo, puso música y volvió sobre el papel. Contempló los trazos abstraidamente esbozados y observó en ellos, la insólita figura de una calavera.

O al menos, eso le devolvió su imaginación.

En fin..., no es saludable buscarle siempre una explicación a todo y menos en este momento, reflexionó.

Juguemos con esta imagen, pensó, más allá de lo tétrico que significaba. La completó, sombreó y finalmente la remató con una flor saliendo de ella.

Miró el dibujo terminado y sonrió. *¡Qué loco, no...!, se dijo.*

Pero de pronto, le encontró sentido. Evocó aquellos versos que a menudo le recitaba su padre, cuando apenas era un adolescente:

“Pobre flor que mal naciste
Y qué triste fue tu suerte
En el primer paso que diste
Te encontraste con la muerte.
El cortarte es cosa fuerte
El dejarte es cosa triste
Que al dejarte con la vida
Es dejarte con la muerte”.

“Seguramente, viejo, estás revoloteando por aquí, esta tarde”, se dijo y en ese momento, recordó la fecha, era veinticuatro de junio. Se cumplían cuarenta y tres años de su muerte.

Abrió la ventana miró el cielo, oculto en partes por borascosas nubes, elevó una plegaria a su memoria y volvió a darle gracias.

Por un rato, se dejó llevar por la nostalgia, hasta que una energía renovadora fue devolviéndole la fuerza y la conexión con el presente.

Emocionado, guardó el dibujo y celebró la vida.